

HANNAH ARENDT [EL JUICIO DE EICHMANN EN JERUSALÉN]

HANNAH ARENDT
[THE EICHMANN TRIAL IN JERUSALEM]

Juan Carlos Abreu y Abreu*

«Fue como si en aquellos últimos minutos [Eichmann]
resumiera la lección que su larga carrera de maldad
nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad
del mal, ante la que las palabras y el pensamiento
se sienten impotentes»

(Hannah Arendt *Eichmann en Jerusalén*)

RESUMEN: Tomamos el filme *Hannah Arendt* (2012) como pretexto no solo para hablar de la vida y la obra de la gran pensadora de origen judío que sostuvo un tórrido romance con uno de los filósofos alemanes más influyentes del siglo XX, sino también para analizar su relato del controvertido episodio histórico en el que fue sometido a juicio el jerarca nazi Adolf Eichmann.

PALABRAS CLAVE: Hannah Arendt; Martin Heidegger; el juicio de Adolf Eichmann; *la solución final*; derecho penal internacional; derechos humanos.

ABSTRACT: We take the film *Hannah Arendt* (2012) as a pretext not only to talk about the life and work of the great thinker of Jewish origin who had a torrid affair with one of the most influential German philosophers of the twentieth century, but also to analyse her narration

* Director de Compilación y Sistematización de Tesis del Tribunal Superior de Justicia del Estado de México. Profesor de la Universidad Autónoma del Estado de México. Contacto: juan.abreu@pjedomex.gob.mx

of the controversial episode in which Nazi leader Adolf Eichmann was put on trial.

KEYWORDS: Hanna Arendt; Martin Heidegger; Adolf Eichmann's trial; *the final solution*; international criminal law; human rights.

Fecha de recepción: 26 de enero de 2022

Fecha de aceptación: 23 de mayo de 2022

SUMARIO: EXPOSICIÓN DE MOTIVOS. I. HANNAH ARENDT, EL FILME. II. HANNA ARENDT, LOS PERSONAJES. III. HANNAH ARENDT, VIDA Y OBRA, UNA BREVE CRONOLOGÍA. IV. HANNA ARENDT, LA MUJER. V. HANNAH ARENDT Y MARTIN HEIDEGGER, EL ROMANCE. VI. HANNA ARENDT EN EL JUICIO DE EICHMANN. VII. A MANERA DE CONCLUSIONES SOBRE EL JUICIO DE EICHMANN.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

El añejo vínculo entre el Derecho y el cine entraña reciprocidad. Ciertamente, el Derecho se ha ocupado del cine desde que este se convirtió en una gran industria dotada de un poder no menor de control de las masas. A su vez, inevitablemente, el cine también se ha ocupado del Derecho, pues resulta casi imposible relatar una historia sin que en ella aparezcan los ubicuos datos o hechos jurídicos. Amén de ello, el Derecho ha utilizado al cine como herramienta didáctica, pues los diversos nudos en la trama de un filme sirven no solo para mostrar el entramado institucional donde acontecen las controversias procesales: a veces van más allá y se erigen en testimonio crítico de los operadores del Derecho y los sistemas normativos.

En este marco, hemos elegido un filme emblemático que pone de relieve no solo los avatares personales (vivencias, sentimientos, emociones y pasiones) de un personaje trascendental en la historia de la filosofía occidental de la segunda mitad del *veinte*, sino también su rol como testigo, partícipe y crítica de un proceso de justicia penal internacional al que fue sometido un criminal de guerra.

La película *Hannah Arendt* suscita nuestro interés desde una perspectiva jurídica en cuanto su punto nodal, el eje alrededor del cual gravitan los personajes y los acontecimientos, es un entramado trágico enhebrado a un juicio real en el que se desahogaron pruebas y testimonios, se vertieron argumentos tanto para la defensa como la incriminación de Eichmann y los juzgadores tomaron una determinación altamente trascendente para las nociones básicas del Derecho penal internacional.

Sirvan al lector nuestras modestas líneas para motivarlo a ver esta obra de arte de la cinematografía alemana contemporánea, que le aproximarán a la vida y la obra de Hannah Arendt y le ayudarán a contextualizar la toma de postura de la filósofa alemana sobre los hechos históricos narrados en la película.

I. HANNAH ARENDT, EL FILME

Hannah Arendt (Alemania, 2012) es el filme biográfico de la filósofa judío-alemana —discípula y amante de Heidegger— que ofició como cronista de la influyente revista *The New Yorker* en el juicio a Adolf Eichmann, un nazi involucrado en el genocidio del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial, episodio histórico al que se conoce como «la solución final».

Dirigida por Margarethe von Trotta con guion de Pamela Katz y la propia von Trotta —la dirección de fotografía corrió a cargo de Caroline Champetier—, *Hannah Arendt* contó con un inigualable reparto: la primerísima Barbara Sukowa (en el papel de Hannah Arendt), Axel Milberg (Heinrich Blücher), Janet McTeer (Mary McCarthy), Julia Jentsch (Lotte Köhler), Ulrich Noethen (Hans Jonas), Michael Degen (Kurt Blumenfeld), Nicholas Woodeson (William Shawn), Sascha Ley (Lore Jonas), Victoria Trauttmansdorff (Charlotte Beradt), Klaus Pohl (Martin Heidegger), Friederike Becht (*Hannah Arendt joven*), Megan Gay (*Frances Pozos*), Tom Leick (Jonathan Schell) y Harvey Friedman (Thomas Miller).

Margarethe von Trotta (Berlín, 1942) es un destacado personaje del movimiento denominado Nuevo cine alemán y una de las cineas-

tas feministas más relevantes del mundo. Desde el inicio de la década de los sesenta, tras regresar a Alemania desde París —donde tomó contacto con la *Nouvelle Vague* y con la cinematografía de Ingmar Bergman—, von Trotta trabajó estrechamente con Rainer Werner Fassbinder y Volker Schlöndorff —quien en 1971 se convertiría en su marido—. Su primera película, *El Honor perdido de Katharina Blum*, que codirigió con Schlöndorff en 1975, narra la historia de una mujer joven que tiene una aventura con un hombre del que más tarde descubrirá su actividad como terrorista. Tras su primer ejercicio como directora independiente, *El segundo despertar de Christa Klages* (1978), von Trotta ha destacado con filmes polémicos —a menudo, contando con la participación de estrellas como Barbara Sukowa—, entre ellos *Hermanas o el equilibrio de la felicidad* (1979), *Marianne y Juliane* (cinta que se hizo acreedora del León de oro en el Festival de cine de Venecia de 1981), *Rosa Luxemburgo* (1986), *Rosenstrasse* (2003) y *Visión. La historia Hildegard von Bingen* (2010). A pesar de que es una líder feminista, la directora ha rechazado la inclusión de sus películas en el denominado «cine de la mujer» debido a las estrecheces que, considera, anidan en esa etiqueta. Von Trotta cree que debe ser considerada como «una cineasta que es una mujer», una directora que analiza tanto el mundo interior femenino como el ámbito exterior de la política. Von Trotta también ha sido profesora de cine en el European Graduate School de Saas-Fee, Suiza.

Debido a sus colaboraciones con Rainer Werner Fassbinder y Margarethe von Trotta Barbara, Barbara Sukowa (que, como se ha dicho, en el filme que aquí es objeto de análisis, interpreta a Hannah Arendt) ha llegado a personificar la esencia de la historia del cine alemán. Nacida en Bremen, comenzó su carrera en la famosa escuela de Max Reinhardt en Viena y, paralelamente, incursionó en el teatro alemán. Es conocida por sus actuaciones en algunas de las películas más emblemáticas del Nuevo cine alemán; por ejemplo, su interpretación del papel de Mieke en la monumental *Berlin Alexanderplatz*, de Fassbinder (1980), que le valió el premio del cine alemán a la mejor actriz joven. Trabajando nuevamente con Fassbinder, Sukowa recibió el premio del cine alemán por su actuación como el personaje protagonista en *Lola* (1981). Además de en la película *Hannah Arendt*,

Sukowa ha colaborado con von Trotta en otras producciones, entre ellas *Visión. La historia de Hildegard von Bingen, Marianne y Juliane* — cinta por la que obtuvo el premio a mejor actriz en el Festival de cine de Venecia, de 1981— y *Rosa Luxemburg* —que le valió el premio a la mejor actriz en el Festival de cine de Cannes de 1986—. Ha obtenido dos veces el Premio Bávaro. En 2008 ganó el premio a mejor actriz por *La invención de la salchicha al curry* en el Festival de cine de Montreal. Sukowa ha participado en trabajos de autores de renombre internacional como Michael Cimino, Lars Von Trier, David Cronenberg, Volker Schlöndorff, Agnieszka Holland y Tim Robbins, así como en proyectos dirigidos por Serge Gainsbourg, el actor John Turturro y artistas como Cindy Sherman y Robert Longo.

El filme objeto de nuestras reflexiones nos sitúa en los momentos previos y posteriores a la presencia de la protagonista en el juicio de Eichmann. Las escenas transcurren entre el recuerdo y el pensamiento, bañadas por matices de un omnipresente color verde.

Merced a su muy peculiar tinte intimista, von Trotta se toma la licencia de indagar en los sentimientos de la filósofa, recurre sin pudor al blanco y negro para sugerir una visión retrospectiva que evoca los lances amorosos de Arendt con Heidegger; hurga en su *psique* y no escatima en el primer plano para retratar su faz cuando, enfrascada en su labor filosófica, se enfrenta a la máquina de escribir; desnuda su rostro sumido en una atmósfera neblinosa mientras repasa sus teorizaciones frente a la espiral ascendente del humo de cigarro; la abandona, hundida en un encierro tenebrista, mientras está alumbrando ideas arrellanada en el diván de su biblioteca; con rotunda luminosidad, la pone de pie en el aula como un faro que aluza las miradas de sus ávidos y absortos alumnos; con sutil encanto, dibuja claroscuros mientras discute en las tertulias de amigos y esgrime vigorosos argumentos políticos o filosóficos; cuando ya está tomando notas sobre el juicio de Eichmann, la presenta angustiada y sufriente debido a las divergencias ideológicas con un moribundo amigo de su juventud derivadas de su confrontación con los sionistas —Arendt no comulga con sus ideas— o defendiéndose de los conventículos de academiquillos acomodaticios y rastreros, trepadores decididos a intrigar y denostar sus postulados.

El resultado es una película rotunda, completa, sin ambigüedades ni dobleces, que habla de la protagonista como mujer y como pensadora de talla universal.

II. *HANNA ARENDT*, LOS PERSONAJES

Tal como hemos apuntado arriba, Hannah Arendt coincidió en su vida con una constelación de personajes de gran envergadura. Ello nos anima a identificarlos para brindar al lector una aproximación más tersa a la trama de la película.

Hannah Arendt nació en Hannover el 14 de octubre de 1906 de padres judíos asimilados. Estudió filosofía y teología en Marburgo y Heidelberg, donde tuvo como profesores a Karl Jaspers, Edmund Husserl y Martin Heidegger —con quien mantuvo un tórrido romance—. Se casó en primeras nupcias (1929-1937) con el filósofo Günther Anders, quien en 1933 fue encarcelado por la Gestapo pero pudo huir a París. En 1937 conoció a Heinrich Blücher, un excomunista y autodidacta de origen obrero con quien se casó en 1940. Tras escapar del campo de detención de Gurs, emigró a Estados Unidos con su esposo y su madre en 1941. En 1951 obtuvo la ciudadanía estadounidense y, ese mismo año, publicó *Los orígenes del totalitarismo* —un estudio exhaustivo cuya segunda parte está dedicada al análisis del régimen nazi—. Aceptó dictar cátedra en Princeton y Harvard, así como en la Universidad de Chicago y la New School for Social Research de Nueva York. En 1958, publicó *La condición humana*. En 1961 fue enviada por *The New Yorker* a Jerusalén para cubrir juicio de Adolf Eichmann. El resultado de esa actividad como cronista fueron cinco artículos que la revista publicó a lo largo de 1963. Las tomas de posición de Arendt fueron objeto de una férrea oposición y de críticas devastadoras. Aunque polémico, su libro *Eichmann en Jerusalén: un informe sobre la banalidad del mal* ha logrado un muy respetado lugar entre las más profundas discusiones sobre el Holocausto. Murió en Nueva York el 4 de diciembre de 1975.

Heinrich Blücher, nació en 1899 en Berlín. Hijo de un obrero que murió antes de verlo nacer, fue criado por su madre, que se ocupaba

como lavandera. Reclutado en la Primera Guerra Mundial, antes de terminar la escuela volvió del frente para vincularse al Consejo del Soldado Rebelde —una de las muchas agrupaciones proletarias que se amotinaron en las calles cuando la gran guerra llegó a su fin—. Blücher se unió a la Liga Espartaquista de Rosa Luxemburgo y poco después se convirtió en miembro del partido comunista alemán. Aunque era gentil, merced a su vida bohemia y aventurera se vinculó a un grupo de jóvenes sionistas. Huyó del régimen nazi en 1933, primero a Praga y luego a Francia. En París conoció a Hannah Arendt, que se convirtió en su tercera esposa. Juntos escaparon a Estados Unidos a través de España y Portugal y se instalaron en Nueva York. Blücher dio clases en la New School for Social Research y, a partir de 1952 —a pesar de su falta de diplomas, incluso de la escuela secundaria—, fungió en el Bard College como profesor de Filosofía. Heinrich Blücher murió en 1970. Después de treinta y cuatro años juntos, a Arendt se le hizo casi imposible soportar la ausencia de su marido.

Kurt Blumenfeld, nació en 1884 en Prusia Oriental. En 1904 empezó a estudiar Derecho en Berlín, Friburgo y Königsberg. En 1909 se unió a la Federación Sionista de Alemania, de la que llegó a ser presidente. Visitó Palestina en calidad de secretario general de la Federación Sionista de Mundo (1911-1914) y posteriormente se instaló allí en 1933. En 1926 ya era el autor más influyente del sionismo en Alemania. Invitada por su amigo Hans Jonas, Hannah Arendt asistió a una de sus conferencias y, aunque ella no quiso unirse al sionismo, trabó un vínculo permanente de amistad con Blumenfeld. Debatieron intensamente sobre cuestiones como el sionismo, la diáspora, el Holocausto, la asimilación, el retorno a Palestina y el problema general de la identidad judía. La cobertura que Arendt llevó a cabo sobre juicio de Eichmann y sus teorías sobre la banalidad del mal motivaron el rechazo de Blumenfeld. Para Hannah, este alejamiento de Blumenfeld, figura para ella paternal y amigo cercano, fue uno de los episodios más dolorosos de su vida. Cuando supo que estaba muriendo, Arendt acudió a Israel a visitarlo, pero finalmente no pudieron salvar sus diferencias. Kurt Blumenfeld murió en Jerusalén el 21 de mayo de 1963.

Adolf Eichmann nació en 1906 en Solingen. Su padre era contador. El niño Eichmann —bruto por naturaleza y malo para la escuela— desertó de la educación secundaria —que comenzó, pero nunca terminó— y se entregó a la formación técnica como mecánico. En 1927, Eichmann se unió el *Deutsch-Österreichische Frontkämpferversammlung* (Asociación de combatientes frente alemán-austriaco). Cinco años más tarde se afilió al partido nazi austriaco y a las SS. En 1935 fue transferido a la recién formada «sección judíos» y posteriormente se convertiría en «administrador de asuntos judíos». Ambicioso y deseoso de tener éxito, más tarde fue nombrado jefe de la Unidad responsable de la organización general de la deportación de judíos de Alemania y los países europeos ocupados. Eichmann supervisó toda la logística, desde la administración de los recursos y las rutas hasta el transporte de las personas en los trenes. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, huyó de un campo de internamiento norteamericano. Bajo un nombre falso y con el apoyo de unos monjes católicos —y con un pasaporte apócrifo tramitado desde el Vaticano—, logró escapar a Argentina. Después de ser delatado por los judíos alemanes que vivían cerca de su casa, agentes del Mossad israelí lo secuestraron en 1960. Su juicio en Jerusalén captó la atención en todo el mundo. Más de seiscientos periodistas estaban presentes la sala del juicio cuando Eichmann se declaró *no culpable* de los cargos. Sin embargo, sus juzgadores lo declararon culpable y fue condenado a muerte por ahorcamiento. Después de que su recurso de apelación fuera desestimado, Adolf Eichmann fue ahorcado en Israel el 31 de mayo de 1962. Para evitar enterrar sus restos en suelo israelí, su cuerpo fue incinerado y sus cenizas fueron esparcidas en el Mediterráneo.

Martin Heidegger, nació en Messkirch en 1889. Antes de cumplir los treinta años, ya era reconocido como uno de los filósofos más connotados en Alemania. Su libro *Ser y tiempo* (1927) sigue siendo no solo su obra más importante: probablemente es la más importante de todo el siglo XX. Se trata de un libro que ha alcanzado la condición de *universal* y que ha influenciado a diversas corrientes del pensamiento occidental, entre ellas la deconstrucción, el existencialismo y la hermenéutica. Entre 1923 y 1927 fue profesor en la Universidad de Marburgo, donde vivió una apasionada historia de amor con su

alumna Hannah Arendt. Arendt dejó la escuela después de que su romance terminara, poco antes de que ella contrajera matrimonio por primera vez. Aunque mantuvieron el contacto, entre ellos se inició un agrio silencio cuando Heidegger tomó la sorpresiva decisión a afiliarse al partido nazi en 1933. A pesar del giro de los acontecimientos, su amistad se renovó en 1950. A pesar de que hubo varias interrupciones largas, la relación siguió siendo importante para ambos a lo largo de sus vidas. Después de la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento de Heidegger fue prejuiciosamente rechazado. Sin embargo, en buena medida debido a los esfuerzos de Arendt, el filósofo pudo finalmente impartir un par de conferencias y publicar de nuevo. Ella nunca le perdonó, pero siempre creyó que su trabajo merecía un lugar prominente en el canon del pensamiento occidental. Heidegger murió en Friburgo en 1976.

Hans Jonas, nació en Mönchengladbach el 10 de mayo de 1903. Su padre era fabricante de textiles y su madre hija del gran rabino de Krefeld. Contra los deseos de su padre, Jonas se involucró en los círculos sionistas. Estudio filosofía e historia del arte en Friburgo y Marburgo. Jonas conoció a Hannah Arendt cuando ambos eran jóvenes estudiantes y, salvo una interrupción temporal pero amarga, su amistad se prolongó durante todas sus vidas. En agosto de 1933 emigró a Londres y posteriormente, en 1935, fue a Jerusalén. Allí se unió en 1944 a la brigada judía del ejército británico y luchó contra los alemanes. En 1949 se trasladó a Canadá y luego, en 1955, finalmente se estableció en Nueva York, donde tuvo un feliz reencuentro con Arendt y se vinculó a su círculo de amigos. Asumió cátedras en varias universidades prestigiosas de los Estados Unidos. Su amistad con Arendt se vio notablemente afectada tras la publicación de los artículos y el libro de la filósofa sobre Adolf Eichmann. No se hablaron durante dos años, pero Lore —la esposa de Jonas— finalmente propició que los dos viejos amigos sanaran las heridas.

Mary McCarthy nació en Seattle el 21 de junio de 1912. Quedó huérfana a los seis años —sus padres murieron en una epidemia de gripe—. A los treinta años, tras la publicación de su novela *El grupo* (1963), se había convertido en una escritora feminista de renombre. El libro narra las vidas de ocho mujeres después de su graduación en

el Vassar College, en 1933. A pesar de que fue enorme éxito comercial —se mantuvo en la lista del *New York Times* como *best seller* durante dos años—, también generó polémica y fue atacado por la crítica machista debido a su abierta representación de la sexualidad femenina. McCarthy se solidarizó con Hannah Arendt durante cuando esta fue atacada públicamente por sus artículos sobre Adolf Eichmann. De hecho, escribió un ensayo apasionado y elocuente en defensa de la obra de Arendt que constituye un testimonio de gran alcance de la obra de las mujeres intelectuales. El volumen publicado de sus cartas, *Entre amigos: la correspondencia 1949-1975*, alcanzó fama mundial. Con su audacia y su enérgico feminismo, McCarthy participó en numerosos conflictos literarios y políticos. Cuando Arendt falleció en 1975, le confió la responsabilidad de completar su libro inconcluso *La vida de la mente*. McCarthy Murió en Nueva York en 1989.

III. HANNAH ARENDT, VIDA Y OBRA: UNA BREVE CRONOLOGÍA

A fin de hacer apetecible al lector nuestro estudio, hemos evitado deliberadamente el fárrago de citas y de grávidas referencias bibliográficas, sin embargo, ello no nos sustrae de la necesidad de reflejar los momentos más relevantes y las aportaciones más lúcidas de la filósofa. Por ello, aun bajo el riego de caer en simplismos, recurriremos a un breve recorrido cronológico que, a la manera de un sencillo guion, da cuenta de su vida y de su obra.

- 1906, 14 de octubre, nace en Hannover, Alemania.
- 1928, obtiene el grado de doctora en filosofía por la Universidad de Heidelberg, Alemania.
- 1929, publica *El concepto del amor en San Agustín: Ensayo de una interpretación filosófica*. Se casa con Günther Stern (Günter Anders), de quien se divorciará en 1937.
- 1933, se traslada a París, Francia.
- 1935-1939, funge como secretaria general de la *Aliá Juvenil*, la Agencia Judía para Palestina, en París, Francia.

- 1938-1939, es agente especial para el rescate de niños judíos de Austria y Checoslovaquia.
- 1940, contrae matrimonio con Heinrich Blücher (muerto en 1970). Es enviada a un campo de internamiento, Gurs, Francia.
- 1941, emigra con su marido a los Estados Unidos, y se establece en Nueva York.
- 1941-1945, se desempeña como periodista.
- 1944-1946, es directora de investigación para la Conferencia sobre Relaciones Judías.
- 1946-1948, se desempeña como editora en jefe de Schocken Books.
- 1949-1952, funge como directora ejecutiva, en Reconstrucción Cultural Judía.
- 1951, publica *Los orígenes del totalitarismo*. Se convierte en ciudadana de los Estados Unidos.
- 1952, es premiada por la Guggenheim Fellowship.
- 1953, es galardonada en la Universidad de Princeton, Nueva Jersey.
- 1954, es reconocida por el Instituto Nacional de las Artes y las Letras.
- 1955, asume la condición de profesora invitada en la Universidad de California, Berkeley.
- 1956, dicta una ponencia por la Fundación Walgreen, en la Universidad de Chicago, Illinois.
- 1957, publica *Rahel Varnhagen, la vida de una judía*.
- 1958, publica *La condición humana*.
- 1959, es profesora invitada por la Universidad de Princeton, Princeton, NJ.

- 1960, es profesora invitada por la Universidad de Columbia, Nueva York, NY.
- 1961, es profesora invitada por la Universidad de Northwestern, Evanston, Illinois. Publica *Entre el pasado y el futuro*.
- 1961-1962, es becaria del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Wesleyan, Middletown, Connecticut.
- 1963, publica *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*; también publica *Sobre la revolución*.
- 1963-1975, es catedrática y profesora visitante de la Universidad de Chicago, Illinois
- 1967, recibe el premio Sigmund Freud.
- 1967-1975, es catedrática de filosofía en New School for Social Research, Nueva York.
- 1968, publica *Hombres en tiempos de oscuridad*.
- 1969, recibe la medalla *Emerson-Thoreau* de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias.
- 1969-1975, es miembro asociado del Calhoun College de la Universidad de Yale, New Haven, Connecticut
- 1970, publica *Sobre la violencia*.
- 1972, publica *Crisis de la República*.
- 1972-1975, es miembro del Consejo Asesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Princeton, NJ.
- 1975, recibe el premio Sonning, en Dinamarca.
- 1975, 4 de diciembre, fallece en Nueva York.
- 1978, publicación póstuma de *El judío como paria* y *La vida del Espíritu*.
- 1982, publicación póstuma de *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*.
- 1994, publicación póstuma de *Ensayos de comprensión (1930-1954)*.

- 1997, publicación póstuma de *¿Qué es la política?*
- 2002, publicación póstuma de *Diario filosófico 1950-1973*.
- 2003, publicación póstuma de *Responsabilidad y juicio*.

IV. HANNA ARENDT, LA MUJER

Günther Stern —que para entonces ya había adoptado el pseudónimo *Anders*— se declaró a la joven Hannah Arendt en 1929, durante un baile de máscaras en Berlín. Él era doctor en filosofía desde 1924, ella también era filósofa y preparaba su tesis doctoral sobre la noción del amor en San Agustín. Contrajeron matrimonio por sorpresa, sin la asistencia de padres ni invitados, en una modesta ceremonia civil. Se casaron profundamente enamorados: él de ella; y ella de su antiguo profesor. Arendt no podía olvidar al laureado filósofo que había sido su amante durante los años en Marburgo. Heidegger había dejado morir la relación con Hannah quien, despechada, decidió casarse con Stern —también exalumno de Heidegger, con quien nunca se llevó bien—. Su matrimonio quebró definitivamente en 1937, durante las vicisitudes del exilio parisino; años después, en Viena (1975), Günther Anders —entonces un pensador ya consagrado gracias a libros como *La obsolescencia del hombre*— se enteró de la muerte de Hannah, «el primer y único amor de mi vida». A modo de homenaje a la pensadora y para mitigar su profunda melancolía, resucitó unas notas tomadas al vuelo durante el primer año de su matrimonio. En aquel entonces, ambos creían solo en la filosofía y pensaban que algún día llegarían a interpretar el mundo y a descubrir los misterios del *ser*. Sentados en un minúsculo balcón, quitaban las semillas a cerezas para hacer mermelada. Entre cereza y cereza, se entregaban a sesudas meditaciones. Si bien es cierto que normalmente terminaban discutiendo sobre Heidegger y su fárrago ontológico, también lo es que les angustiaba la situación de la Alemania de la época, caracterizada por un creciente nacionalismo y por el ascenso político de la ultraderecha.

Las conversaciones que recreó Anders de memoria dan una idea del ambiente en que vivía aquella pareja de intelectuales noveles;

rodeados de libros, conversaban sin cesar. Anders admiraba a Hannah y elogiaba su belleza, su inteligencia y su autonomía. A pesar de que era cuatro años mayor que ella, ya había obtenido el grado de doctor y estaba enfrascado en la elaboración de arduos estudios de antropología filosófica, se crecía delante de su esposa, a la que también parecía reprocharle en secreto su amor por Heidegger y el empleo de su idiolecto. No sabía entonces que ella se alejaría de él para seguir su propio camino como pensadora: la llegada de los nazis contribuyó a ello. Anders narra algunos pormenores de la frustrada relación sentimental, un relato melancólico que le hace reflexionar sobre la vida, sus ilusiones y sus fracasos: Günther Anders fue sólo un episodio en la existencia de Arendt, igual que ella lo había sido en la de Heidegger, pero estos episodios tuvieron consecuencias inesperadas en ambos casos y cimentaron vínculos que solo la muerte finalmente separó.

V. HANNAH ARENDT Y MARTIN HEIDEGGER: EL ROMANCE

Heidegger tuvo en Marburgo un encuentro con quien —según confesará más tarde su propia esposa Elfriede— sería «la pasión de su vida». A principios de 1924, una estudiante judía de dieciocho años deseosa de estudiar filosofía había llegado a esa ciudad. Era Hannah Arendt. Procedía de una familia burguesa de judíos asimilados de Königsberg, donde había crecido. A los diecisiete años la lectura de la *Crítica de la razón pura* de Kant despertó su curiosidad filosófica. A partir de ese momento, la filosofía se convirtió en el sentido de su vida.

La Hannah Arendt de Marburgo era una encantadora muchacha que, con su melena corta y su vestido verde a la moda, arrebatava miradas. En el comedor estudiantil, los ocupantes de las mesas situadas en torno a la suya enmudecían cuando ella tomaba la palabra. Sencillamente, había que escucharla. Se presentaba con una candorosa mezcla de seguridad de sí misma y timidez. Ella vivía en una buhardilla ubicada cerca de la universidad. Allí se encontraba con sus amigos —algunos le habían seguido desde Königsberg y Berlín—

para enfrascarse en tertulias intelectuales. A veces amenizaba a sus compañeros de debate con un encantador espectáculo: llamaba a su pequeño compañero de habitación, un ratón, para que saliera de su agujero y darle unas migajas. En esta buhardilla recibió también a su maestro Martin Heidegger totalmente en secreto, pues consideraba que ni siquiera sus mejores amigos debían enterarse del asunto.

La estudiante ya había llamado la atención de Heidegger dos semestres atrás, cuando, a principios de febrero de 1924, él la invitó a mantener una conversación en su despacho. Heidegger siempre recordaría aquella *primera vez*. La imagen de la hermosa muchacha que le invitó a entrar por su puerta. Ella, embargada por la timidez, llevaba un impermeable y un sombrero profundamente hundido. Le fallaba la voz y, sobrecogida y confusa, emitía solamente un «sí» o un «no» apenas audible para un Heidegger apasionado que la colmaba de caricias. Hannah Arendt se sintió avasallada, irresistible e irremediamente atraída por el hombre al que adoraba. Hannah aceptó las reglas del juego establecidas por Heidegger en el asunto amoroso. Lo más importante era el secreto riguroso. No debían saber nada su mujer, el personal de la universidad ni los habitantes de la pequeña ciudad. Los mensajes cifrados iban de aquí para allá, acordaban citas precisas hasta último minuto. Un sutil sistema de signos articulado mediante lámparas encendidas y apagadas, ventanas y puertas abiertas señalaba las ocasiones y peligros. Hannah hacía todo lo que podía para facilitar a Heidegger las incomodidades de la *doble vida*. Ella acataba sus disposiciones «a fin de que por mi amor a ti no te resulten las cosas más pesadas de lo que tiene que ser». Hannah Arendt no se atrevió a pedir a Heidegger que se decidiera por ella.

En las vacaciones de verano del año 1924, cuando Heidegger se encuentra en Todtnauberg, Hannah vuelve a casa de sus parientes en Königsberg y compone allí un autorretrato ligeramente cifrado que hace llegar a Heidegger. Siente el tormento de no tenerlo cerca. Ella no puede darse a conocer, pero en las «sombras» —así titula su escrito— quiere mostrarse finalmente a su amante, de modo que dibuja y desdibuja los contornos de su alma escindida bajo la resaca de una interioridad sin mundo, una vida en sombras, totalmente disuelta en

estados de ánimo. El texto apasionado, intervenido por reflexiones y redactado desde la distanciada *tercera persona*, relata un amor que todavía no se materializa en el mundo. Falta algo muy elemental, algo que más tarde, en *Vita activa*, Hannah Arendt denominará el «espacio intermedio del mundo»: «En la pasión, con la que el amor aprehende solamente el quién del otro, se deshace como en llamas el espacio intermedio del mundo, por el que estamos unidos con otros y a la vez separados de ellos. Lo que separa a los amantes del mundo común es el hecho de que ellos carecen de mundo, de que el mundo entre los amantes está quemado». Este «espacio intermedio del mundo» no solo es intervenido por la pasión, sino también por la coacción exterior de mantener el secreto. Donde el amor no puede mostrarse, donde no hay testigos para él, allí pronto se pierde también el criterio de distinción entre la realidad y la imaginación. Esto oprime su pecho y ella lo confiesa en las «sombras» desde su «encantado destierro».

Heidegger tenía diecisiete años más que ella, era padre de dos hijos, estaba casado con una mujer ambiciosa que cuidaba con esmero la *reputación* de la familia y que veía con recelo cómo las estudiantes revoloteaban en torno a su marido. Se mantuvo especialmente distante en relación con Hannah Arendt, sin duda porque Heidegger la trataba con distinguida preferencia y, además, porque era judía. El antisemitismo de Elfriede era público y notorio. Ahora, si Hannah entonces no puso a Heidegger ante una decisión, no excluye que esperara por iniciativa de su parte. Mantener el asunto en secreto era en definitiva *su* juego. Desde el punto de vista de Hannah, tenía que ser él el que hiciera algo por convertir esta relación en una realidad, pero Heidegger no quería. Aunque la entrega de Hannah era una dicha para él, no debía implicar responsabilidad. En sus cartas insiste una y otra vez en que nadie lo comprende en su dimensión de hombre como ella, pero también, y aún más, en asuntos filosóficos. De hecho, Hannah Arendt demostrará lo bien que había entendido a Heidegger. Lo entenderá mejor de lo que él se entendía a sí mismo. Se subliman como amantes, ella responderá complementariamente a su filosofía y le imprimirá aquella mundanidad que le falta. Solo así surgirá de la filosofía de Heidegger como un todo completo, pero el

hombre no lo notará. El no leerá los libros de Hannah Arendt, o lo hará muy de pasada, y lo que allí lee le incomoda. Heidegger ama a Hannah y la amará toda la vida. La toma muy en serio: incluso será su musa de *Ser y tiempo*; él le confesará que, sin ella, no habría podido escribir la obra.

Volvamos a Marburgo. Cuanto más perdura la relación, tanto más difícil resulta mantenerla en secreto. Poco a poco, esta circunstancia se hace crecientemente insostenible para Hannah. Heidegger anhela los deliciosos instantes del encuentro, pero no aspira a tener a Hannah siempre junto a él, dado que esa posición corresponde a Elfriede. A principios de 1925 Heidegger propone a Hannah dar un respiro a la relación, decide trasladarse a Heidelberg, junto a su amigo Karl Jaspers. No se trata de un final, sino de una breve separación. Mientras tanto, Hannah también baraja ya la idea de abandonar Marburgo, pero tiene también razones adicionales. Probablemente, esperaba que Heidegger intentase retenerla y se siente ofendida cuando él le sugiere que se aleje por propia iniciativa.

A finales de 1924, Hannah quiere poner punto final al asunto, pretende alejarse de Heidegger, pero no logra deshacerse de él. Aunque le oculta su dirección en Heidelberg, en su interior espera secretamente que él la busque y la encuentre. A través de Hans Jonas, Heidegger averigua su dirección en Heidelberg y las cartas vuelven a circular en una y otra dirección. Las citas se vuelven todavía más sofisticadas. En primavera, Heidegger se dirige a Suiza para dictar una conferencia. Le propone encontrarse en un pequeño poblado de la ruta. Él interrumpirá el viaje por un día. Dormirán en una pensión. Hannah cuenta a Heidegger sus relaciones con Benno von Wiese y Günther Anders. Ella considera ofensiva la reacción de Heidegger. Este la felicita, pero sigue proponiendo citas y le da a entender que él, con su gran pasión, se considera por encima de todas las pasiones mundanas en las que ella se enrede y advierte incluso que sus amoríos son intentos impotentes de desprenderse de él. Hannah se retira, no contesta a sus cartas. Alguna vez llegó una incitación, una súplica, una declaración de amor, y ella acudió. Así sucedió en un viaje a Nuremberg al final de los veinte. Ella está de viaje con una amiga y recibe una carta de Heidegger

en la que la reclama. Hannah no duda ni un instante; interrumpe el viaje y vuela veloz hacia Heidegger. Una vez que el «destino» ha ejecutado este trabajo y los separado a los dos por muchos años, y cuando Hannah encuentra de nuevo a Heidegger en 1950, escribirá a Heinrich Blücher: «En el fondo me siento feliz simplemente por la confirmación de que yo tenía razón al no olvidar». Con este reencuentro comenzará un nuevo capítulo de una historia que se prolonga toda una vida.

VI. HANNA ARENDT EN EL JUICIO DE EICHMANN

Entre abril y junio de 1961, Hanna Arendt asistió como reportera de la revista *The New Yorker* a las sesiones del proceso contra Adolf Eichmann. Ahí reunió material con el que publicó una serie de artículos que, a la postre, habrían de convertirse en su libro más conocido y polémico: *Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal* (1963). En el texto dejó una reflexión lapidaria que pasó a la posteridad: «Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible banalidad del mal, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes». El enunciado que Arendt empleó para referirse a las acciones de Eichmann, «la banalidad del mal», acabó convirtiéndose en una frase que todo mundo traía en la boca pero que muy pocos comprendían. Más aún, el enunciado fue considerado incendiario para el pujante *sionismo* internacional, dado que la utilización de la palabra «banalidad» para referirse a un *asesino en masa* provocó que la filósofa fuera víctima de ataques que provenían de diferentes frentes, incluso de su más cercano círculo de amigos; tal fue el caso de Hans Jonas.

En su introducción a la edición alemana de 1964, Arendt justificará en estos términos la elección de la palabra: «en el informe solo se discute la posible banalidad del mal en el terreno de lo fáctico, como un fenómeno que era imposible pasar por alto. Eichmann no era [...] Macbeth [...]. A excepción de una diligencia poco común por hacer todo aquello que pudiese ayudarlo a prosperar, no tenía absolutamente ningún motivo». Nunca habría asesinado a un superior.

No era tonto, sino “simplemente irreflexivo”. Esto le habría predeterminado para convertirse en uno de los mayores criminales de su época. Esto es «banal», quizás incluso «cómico». No pueden encontrarse profundidades demoníacas en la expresión por mucha voluntad que se ponga en ello. Aun así, no es ordinario. «Que un tal alejamiento de la realidad e irreflexión en uno puedan generar más desgracias que todos los impulsos malvados intrínsecos del ser humano juntos, eso era de hecho la lección que se podía aprender en Jerusalén. Pero era una lección y no una explicación del fenómeno ni una teoría sobre él». En una carta a Mary McCarthy, Arendt comenta: «[...] la expresión “banalidad del mal” como tal está en contraposición al “mal radical” [Kant] que empleé en el libro sobre el totalitarismo». El tipo de crimen, según Arendt, no era fácilmente clasificable. Lo que ocurrió en el campo de concentración de Auschwitz no había tenido precedentes.

También se reprochó a Arendt haber descrito el papel de los consejos judíos de forma demasiado crítica. Eichmann había exigido la «cooperación» de los judíos y la había obtenido en «una medida realmente sorprendente». De camino a la muerte, los judíos habrían visto a pocos alemanes. Los miembros de los consejos judíos habrían obtenido de los nazis un «enorme poder sobre la vida y la muerte», «hasta que fueron deportados ellos mismos». Por ejemplo, las listas de transporte en el campo de concentración de Theresienstadt fueron realizadas por el consejo judío. «Este papel de los dirigentes judíos en la destrucción de su propio pueblo es para los judíos sin duda el capítulo más oscuro en toda su oscura historia [...] En los campos de exterminio, en general, las entregas directas de las víctimas para su ejecución [fueron] realizadas por los comandos judíos [...] Todo esto era espeluznante, pero no era un problema moral. La selección [...] de los trabajadores en los campos la realizaban las SS, que tenían una marcada preferencia por los elementos criminales.» Estos pasajes fueron criticados de forma especialmente dura por muchas organizaciones judías. En una carta a Mary McCarthy del 16 de septiembre de 1963, Arendt le contó que la Anti-Defamation League había enviado una carta circular a todos los rabinos de Nueva York para que el día de Año Nuevo (*Rosh ha Shana*, 4 de octubre) predicaran

contra ella. Arendt se sentía impotente frente a la gran cantidad de personajes acaudalados e influyentes que le atacaron.

En su conferencia «Persönliche Verantwortung in der Diktatur» («Responsabilidad personal en la dictadura»), que presentó en 1964 y 1965 en Alemania, Arendt recalca de nuevo que su publicación sobre el proceso de Eichmann era exclusivamente un «informe de los hechos». Sus críticos y apologetas, por el contrario, habrían discutido problemas de filosofía moral. Ella había oído con espanto afirmar, entre otras cosas, que «*ahora sabemos que hay un Eichmann en cada uno de nosotros*». Pero, según Arendt, el ser humano es un ser que actúa libremente y es responsable de sus actos. Por lo tanto, la culpa debe recaer sobre determinadas personas. Rechaza decididamente la idea de una culpa colectiva: «Donde todos son culpables, no lo es nadie [...]. Siempre he considerado como la quintaesencia de la confusión moral que en la Alemania de la posguerra aquellos que estaban completamente libres de culpa comentaran entre ellos y aseguraran al mundo cuán culpables se sentían, cuando, en cambio, sólo unos pocos de los criminales estaban dispuestos a mostrar siquiera el menor rastro de arrepentimiento.»

Arendt consideraba que el proceso contra Eichmann se había realizado correctamente. Calificó como jurídicamente irrelevante la defensa de Eichmann afirmando que había sido solo un engranaje en la enorme maquinaria del aparato burocrático nazi. Fue ejecutado en justicia. Durante el nacionalsocialismo, todos los estratos de la sociedad oficial estuvieron implicados en los crímenes. A título de ejemplo, menciona la serie de medidas antisemitas que antecedieron a los crímenes en masa y que fueron consentidas en todos y cada uno de los casos «hasta que se llegó a un punto en el que ya no podía pasar nada peor.» Los hechos no fueron realizados por «gángsteres, monstruos o sádicos furibundos, sino por los miembros más respetables de la honorable sociedad». Así, a los que colaboraron y siguieron órdenes no debe preguntárseles «¿por qué obedeciste?», sino «¿por qué colaboraste?». La propia Hannah Arendt señaló que ella misma quizás no habría estado a la altura de esas exigencias:

«¿Quién dice que yo, que condeno una injusticia, afirmo ser incapaz de realizarla yo misma?».

VII. A MANERA DE CONCLUSIONES SOBRE EL JUICIO DE EICHMANN

El caso Eichmann es el pretexto al que recurre Hannah Arendt para manifestar su incansable preocupación sobre el pensar humano y las acciones morales. Sobre el juicio al que fue sometido el jerarca nazi, la filósofa alude al fenómeno de los actos criminales y monstruosos, no imputables a la maldad o patología del agente ni a una convicción ideológica determinada que lo hayan impulsado a realizarlos. Lo que quedó en evidencia en el juicio a Eichmann es la auténtica incapacidad del burócrata para pensar. Este análisis la llevó a elaborar y caracterizar una de sus categorías más originales: «la banalidad del mal».

Para Arendt, la capacidad de pensar —como hábito para la reflexión y la comprensión acerca de todo lo que sucede— puede ser una actitud de tal naturaleza que condicione a los hombres contra el mal; su ausencia nada tiene que ver con elementos demoníacos ni con supuestas perversiones de la naturaleza. La privación del juicio y su desaparición conlleva la amnesia sobre la capacidad de distinguir el bien del mal. La ligereza con que es considerado el mal se debe a la renuncia de la capacidad valorativa y a la negligencia del factor humano. De este modo, el mal es cometido por ausencia de pensamiento y dicha supresión no afecta las facultades intelectuales sino la capacidad de valorar la acción.

Eichmann es un ejemplo de aquellos idiotas morales incapaces de juzgar la moralidad de los propios actos, y esta incapacidad se debe a diferentes factores, pero el que le interesa destacar a Arendt es la ideologización inoculada en las personas cuando se masifican. Por ello, los actos que ellos realizan no implican ningún tipo de reflexión ni consideración previa ni ponderación sobre los resultados.

Durante el juicio, el teniente coronel alemán vertía frases estereotipadas y convencionales, dependientes de un patrón, de códigos

estandarizados de conducta y de expresión. El acusado era profundamente superficial, lo cual dificultaba pensar que tuviera un estadio más profundo que lo motivara a llevar a cabo sus actos malvados. Por ello, Arendt arguye que el acusado era común y corriente, un hombre del montón, banal y superfluo. Al decir de la filósofa, Eichmann pertenece a la clase de hombres generados por un tipo específico de sistema político y social: el totalitarismo. La filósofa llegó a afirmar categóricamente que Eichmann no presentaba motivaciones malignas y que tampoco era un estúpido; simplemente, acató las órdenes sin reflexionar sobre las consecuencias de sus actos por obediencia irrestricta a la autoridad; lo importante, para él, era la eficiencia en el cumplimiento del deber. Es en este sentido que el mal se convierte en banal. Por ello, la ausencia de juicio es una característica central de los regímenes totalitarios. Al menos —señala Arendt—, estar ligado o comprometido a un diálogo interno con uno mismo pone límites a la conducta, de ahí que vivir la vida de la mente tenga implicaciones morales. Ese pensar implica precisamente sopesar los principios y las acciones relacionadas con lo racional y lo ético; es el modo de enfrentarse a lo real con una actitud abierta. Esto significa apelar a una racionalidad *phronésica* o discursiva, a una ética comunicativa.